

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Jesús, el agua y el pan
(14 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen**



Jesús, el agua y el pan (14 días)

Día 1

Mt. 4:4; Jer. 15:16

En las bolsas de compra de una conocida cadena de supermercados estaba el anuncio publicitario: “¡Nos encanta la comida!” A los creyentes nos interesan los anuncios publicitarios, porque tenemos mucha razón para publicitar algo que tiene valor eterno. Nada tiene tanta importancia de ser publicado como la oferta de nuestro Señor Jesucristo.

En el real sentido de la palabra es una oferta especial, única e incomparable. Es el ofrecimiento de redención de la perdición, la salvación de cualquier esclavitud de pecado, para poder vivir en libertad tomado de la mano de Dios. “Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de él. El que cree en él no es condenado, pero el que no cree ya ha sido condenado por no haber creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios” (Jn. 3:16-18 NVI). ¡Qué ofrecimiento!

Dios hizo posible que podamos estar a cuentas con Él, ser liberado de la carga de culpa, y vivir una vida nueva y eterna con Dios, junto a Él. ¿Acaso esta verdad nos llena de admiración?

Desde que el Hijo de Dios ha comisionado a sus mensajeros, este feliz evangelio es predicado en todo el mundo. La gente debe conocer que Jesucristo es el “alimento” para la vida, mejor dicho el “mediador”, como el puente para llegar a Dios. Solamente por medio de Él las personas pueden tener la verdadera vida.

Para los mensajeros, sus enviados, Jesucristo llegó a ser el “alimento” para la vida en persona, lo más importante y lo más precioso. Ellos lo aman. El que lo ama a Él y cree en Él, querrá compartir con otros este mensaje lleno de gozo y alegría. (Lee Hch. 4:12; Jn. 10:9.)

Día 2

Jn. 7:37-39; 11:25.26

Jesucristo es vida plena en persona. Junto a Él hay “los alimentos, los medios alimenticios” que nos ayudan, para poder vivir con Él. El que reconoce a Jesús como el centro de su vida, también tendrá “los alimentos” necesarios para la vida. Ellos son lo más valioso que existe, y uno los recibe gratuitamente.

Queremos considerar un poco más de cerca dos “medios alimenticios”, de los cuales Jesús habla y los que solamente Él tiene. Él dice: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” (Jn. 7:37b). El agua es de vital importancia para nuestro cuerpo y para la naturaleza en general. Es la condición fundamental para la vida en la tierra, y también nuestro cuerpo necesita el agua así como un motor necesita el aceite. Si hay demasiado o poco aceite, el funcionamiento ya no es bueno.

El agua es algo de muchísimo valor, y sabemos que lo necesitamos continuamente. Una y otra vez los médicos reclaman que la gente toma poco líquido y varias enfermedades son originadas por falta de líquido. El agua realmente es un alimento para nuestro cuerpo. Felizmente tenemos las posibilidades de saciar nuestra sed.

En el evangelio de Juan leemos de una mujer de Samaria que vino a la fuente buscando agua para poder saciar su sed física. Observemos a la mujer que se encontró allí con el Señor Jesús. (Lea Jn. 4:1-10.)

Jesús sabe que hay una sed que no se puede calmar con el agua de un pozo. Es una carencia o una falta que está mucho más profundo que sentir hambre o sed físico. Existe en muchas personas un hambre incontenible y una tremenda sed de vida, aunque ellas tienen lo suficiente para comer y beber. Ellas tienen el gran anhelo de una vida que valga y que tenga sentido. (Lea Is. 55:1; Sal. 36:7.8.)

Jesús tiene el poder de saciar tu sed física y también tu sed espiritual, sólo necesitas buscarlo de corazón.

Día 3

Jer. 2:13; Sal. 36:9

En la conversación de Jesús con la mujer allí junto al pozo se demuestra claramente la enorme sed de vida que ella tiene. En el Nuevo Testamento se nos comenta en varias partes acerca de encuentros que Jesús tuvo con algunas mujeres (comp. Mt. 15:21ss; Lc. 7:36 ss). El informe de la mujer samaritana en el evangelio de Juan es el más detallado.

Este encuentro se produjo, porque Jesús tomó el camino pasando por Samaria. Él hubiera podido también elegir el camino por la llanura del río Jordán. Pero así era el propósito de Dios y Su voluntad: Para Jesús "*le era necesario pasar por Samaria*". Esto significa que Jesús se dejaba guiar completamente por Su Padre. Así llegó hasta aquel pozo.

En los evangelios encontramos a Jesús, conversando con muchas personas, lo hacía por lo general en tres pasos.

El primer paso: El contacto inicial. (Lea Jn. 4:7-9.)

Cansado del camino, Jesús se había sentado junto al pozo. Cansado sí, pero muy atento interiormente a la mujer que se acercaba con su cántaro para buscar agua. Él empezó la conversación con un pedido. Y esto era razón de asombro para la mujer, siendo ella samaritana. Un judío habla con ella, incluso pidiéndole a ella un favor.

El pedido por agua era el punto inicial para entrar en la conversación. Muchas veces se puede "ganar" a una persona, expresando una petición. Jesús en el trato con esa mujer no "va directamente al grano", aunque sabía exactamente, quien era la mujer y cuál era su sufrimiento. (Lea Jn. 16:30; Hch. 1:24.)

Como la mujer vino a buscar agua, Jesús utilizaba en toda la conversación el ejemplo del agua, sabiendo cuán grande era la sed de vida real de esta mujer. El Señor sabe todo y Él ama a los hombres y también a nosotros con todo Su corazón. Él conoce tanto nuestras necesidades externas como también las internas, y Él quiere tener un encuentro de amor con cada uno de nosotros (Ap. 2:2.9.13; 3:8; Jn. 21:15-18).

Día 4

Jn. 4:10; Lc. 19:41.42

No existe nada que Jesús no conozca. Por eso era necesario que Él se encontrara con esa mujer personalmente y solo. Ella venía al pozo en el mayor calor del mediodía, para no encontrarse con otras personas. Pero Jesús, el Hijo de Dios estaba allí. (Comp. Gn. 16:7.)

Jesucristo ve también las personas de nuestro tiempo, que sufren de hambre y sed de la vida verdadera y buscan satisfacción en lugares equivocados. Él espera por ellos (lea Is. 30:18). Esa sed de vida se manifiesta en continua búsqueda, falta de sosiego, probar muchas diferentes "fuentes". Es probable que algunos piensan que hay diferentes y muchas posibilidades para saciar esa sed, pero solamente hay una: "Contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz. Tú eres la fuente de agua que nos refresca. Tú eres la luz que nunca se apaga. Tú eres todo, Señor Jesucristo, te agradecemos por eso" (L. Gassmann).

Cuanto le debe doler a Jesús que muchas personas no llegan a Él que es el único manantial, cuya agua sacia la sed. ¡Qué bueno que Dios hizo posible un encuentro con Jesús y aquella mujer de Samaria.

Después del primer contacto Jesús va un paso más adelante: **La oferta.** (Lea v.10-15.) El agua de un manantial se llama en el oriente agua viva, agua que aviva y refresca. Eso es lo que Jesús puede ofrecer: vida. La samaritana ve en esa conversación primero solo el agua del pozo, al cual ella vino y frente al cual está ahora. Poco a poco ella comprende lo que Jesús le quiere decir. Él tiene mucha paciencia con ella, le sigue explicando, porque ella es importante para Él.

Jesús no hace diferencias, Él se preocupa por esa mujer con el mismo amor con el que trató con el fariseo Nicodemo. El amor valora a la persona y puede esperar. (Lea Is. 43:3.4; Lc. 15:21-24.)

Día 5

Jn. 4:14-19

¡Qué ofrecimiento único! Jesús dice: “A este pozo tienes que venir una y otra vez, para saciar tu sed, pero para la sed de tu alma hay satisfacción junto a mí. Deja tu búsqueda en otras fuentes, pues es inútil, solo te enferma”.

Aparentemente poco a poco la mujer entiende de qué se trata: ¡Señor, dame esa agua que tú tienes! Pero se sorprende mucho por lo que Jesús demanda ahora de ella, esto no lo hubiera pensado. Ella experimenta Su cuidadoso actuar pastoral, que a veces es duro. El punto delicado y también lo escondido y oscuro en su vida tiene que ser expuesto a la luz, antes de poder recibir la dádiva de Jesús. Jesús puede dar recién su oferta de salvación cuando haya podido sacar y quitar lo que obstruye y pesa.

Con diferentes expresiones hablando figurativamente, podemos señalar la manera de actuar de Jesús: Antes de que el agua de vida pueda burbujear en la mujer, tiene que salir todo lo malo, toda la suciedad; antes de que pueda recibir la vida de Jesús, tiene que salir lo que le lleva a la muerte. Los escombros tienen que sacarse, antes que se pueda poner un nuevo fundamento.

En el libro de Nehemías leemos que Nehemías hace sacar primero todos los escombros, antes de empezar a levantar el muro alrededor de Jerusalén. Sobre escombros no se puede edificar, y mucho menos edificar la casa de la vida. Nuestro Señor ve todo el escombros, y Él dice figurativamente: “Para esto vine a este mundo, para que el escombros del pecado pueda ser quitado” (comp. Mt. 9:12.13)

Por eso Jesús se dejó clavar en la cruz, para que fuera posible conseguir el perdón de todos los pecados que uno confiesa y lleva a Él. Lo que se expresó confesando y aclarando delante de Él, ya es quitado, perdonado para siempre. Pero es necesario llevarlo delante de Él. ¡Qué tremenda oferta! Jesús conoce totalmente a cada persona con su pasado, presente y también con su futuro.

¿Agradecemos a Jesús, cuando Él toca y descubre los puntos oscuros en nuestra vida? (Lea Nah. 1:7; Jn. 1:48; 10:14.)

Día 6

Jn. 4:16-26

Que Jesús tocara el tema del pecado de su vida, le mostró a la mujer, a dónde su sed ardiente de vida le había llevado. El pecado separa al hombre no sólo de Dios sino también de otras personas. Por eso ella salió de su casa a pleno sol del mediodía. La luz de Dios ilumina también al claro del mediodía. ¿Queremos exponernos a Su luz? ¿Permitimos que el Señor nos lleve a la consciencia todo aquello que hasta ahora estaba escondido en lo oscuro de nuestro ser?

Con el descubrimiento del pecado va de la mano el maravilloso ofrecimiento de nuestro Señor, que podemos separarnos de todo lo malo y que Él quiere cambiar nuestra vida, a que sea clara y limpia. Porque lo malo y desordenado de nuestro pasado y del presente evita un nuevo comienzo y un futuro lleno de esperanza. (Comp. Sal. 32:1-5; Is. 29:15; 1.Jn. 1:8.9.)

Jesús le da a la mujer una tarea triple: “¡Ve!”, “¡Llama!”, “¡Ven!” Él no manda que se vaya de Él a su miseria de antes. Él dice: “¡Ve y llama a tu marido, y ven acá, al único lugar donde se puede liberar de toda aflicción”. Toda la miseria puede y debe ponerse delante de Jesús. “Jesús, a ti puedo llegar tal como soy, tú dijiste, que cualquiera puede acercarse a ti” (M. Siebald).

Jesús no podía evitarle a la mujer, que su pecado fuese expuesto a la luz, y entonces ella podía hablar de aquello que no estaba correcto en su vida. Alguien comentaba: “En realidad Jesús actúa con toda seguridad aquí como un médico, un profesional, lo hace con una herida, para que pueda ser sanada. Él sabe, que la mujer sin Su ayuda está en peligro de desangrarse. Él deja que ella misma exprese en que consiste el pecado de su vida”.

El pecado siempre es un foco enfermizo. Es muy comprensible que la mujer primero intentaba esquivarse del doloroso proceso. Pero, ¡qué bueno que Jesús no la abandonó en su problema!

Día 7

Jn. 4:16-26; 2.Co. 6:2

Primero la mujer intenta llevar la conversación en otra dirección, pues que le importa a ese judío su vida. Ella quiere esquivarse, antes que se haga demasiado personal y delicado.

A Jesús no le importaba una discusión teológica por el pueblo de los samaritanos, ni tampoco por el lugar específico de la adoración a Dios, sino Él se ocupaba de ella en forma particular. Nos damos cuenta que la mujer puede hablar piadosamente, ella sabe algo de la religión, pero la piedad verdadera es posible solamente, cuando una persona haya recibido la vida que ofrece Dios. La mujer habla también del patriarca Jacob, quien cavó este pozo donde ellos están. El saber no salva, sino la relación personal con el Salvador.

En nuestro caso muchas veces lleva también bastante tiempo, hasta que permitamos al Señor hablar a lo profundo de nuestro corazón. Podemos pedirle: "Habla, Señor, ... te pido el conocimiento de tu voluntad, y haz lo que te agrada en mí y a través mío" (E. M. Grimes). (Lea Éx. 19:8; 1.S. 9:27.)

Aquí se manifiesta Jesús como el consejero pastoral extraordinario, a quien la mujer necesitaba en su situación desesperante. Este día llegó a ser el día de la gracia para ella.

En nuestra vida tenemos muchos compromisos importantes, pero el más importante que nunca debemos perder es el hoy, ahora, la cita con Dios para nosotros. Zaqueo se había escondido en un árbol, Jesús le dijo: "Zaqueo, date prisa, desciende, porque *hoy* es necesario que pose yo en tu casa" (Lc. 19:1-6). Y después dice Jesús: "*Hoy* ha venido la salvación a esta casa".

El idioma griego utiliza dos palabras diferentes para hablar del "tiempo". "Chronos", este es el tiempo en que pasa normalmente nuestra vida. Pero "Kairos" es un momento específico, puntual, en nuestro tiempo normal. Dios tiene Sus citas, también con nosotros, no las debemos perder. (Lea Jos. 24:15; Sal. 95:7.)

Día 8

Jn. 4:25-30.39-42

Por el regreso de los discípulos la conversación se interrumpió. Pero lo más importante ya estaba dicho. Ahora dependía de la mujer lo que iba a hacer. De que ella aceptó la verdad acerca de su propia vida y reconoció a Jesús como el Mesías, se demuestra por su reacción.

Con esto llegamos al tercer paso en el cuidado pastoral de Jesús: **La reacción**. La mujer aceptó el ofrecimiento de Jesús. Ella deja su cántaro allí, para correr rápido a la ciudad y gritar a voz en cuello el mensaje de salvación. Ella puede transmitir a todos, también a aquellos que la han despreciado, una noticia de tremendo gozo. Ella llega a ser una testiga muy activa y hace publicidad para el Señor y su singular 'comida' que vale para ahora y para la eternidad.

Martín Lutero escribió: "Cristo es el único médico que ha vencido la muerte, sin embargo pocos lo estiman. Un vaso de agua, si uno no puede tener otra cosa, es una buena medicina contra la sed. Un pedazo de pan puede calmar el hambre, y aquel que lo necesita, lo busca con diligencia. Así que Cristo es la mejor y eficaz medicina contra el más terrible enemigo de los hombres, es decir contra la muerte eterna. Sin embargo los hombres no lo toman en serio.

Si ellos pudieran saber de un médico que pudiera salvarlos de la muerte física y temporal, o por lo menos frenarlo por un tiempo, buscarían a ese profesional, aunque estuviera muy lejos y cobraría el tratamiento muy caro. De esto nos damos cuenta que perdida y equivocada esta la naturaleza humana, y cuán pocos buscan al más excelente médico ansiosamente. A pesar de esto Él amablemente llama y quiere atraer a sí mismo a todos, diciendo: '... el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome el agua de la vida gratuitamente'". (Lea Ap. 22:17; Is. 12:3; Jn. 7:37.38.)

Día 9

Jn. 6:35; Lc. 15:11-16

Otro alimento que encontramos solo junto a Jesús, es el pan de vida. En una propaganda para la Biblia se podía leer: “Usted debería comer cada día algo, sino se debilita. Lo mismo vale para el corazón y la mente. Ellos también necesitan alimentarse cada día. Pero esto no hace falta que le digamos. Seguramente usted pertenece al grupo de los gourmets, que tienen el sentido del gusto muy afinado. Les deseamos ‘buen apetito y provecho’”

¿Acaso tenemos apetito, hambre, de la Palabra de Dios? Jesucristo dice: “Yo soy el pan de vida”. El joven que estaba apacentando a los cerdos, tenía hambre. Por mucho tiempo no había comido nada. Aquello que antes nunca había deseado, ahora lo quería con tanta ansiedad: ¡la comida de los cerdos! Pero no se la permitían. ¿Por qué llegaba a este extremo?

El hambre de libertad e independencia le había conducido a querer hacer su propia voluntad y hacer de su vida lo que a él le gustaba, por eso quería abandonar a su padre. “Padre, ¡dame la parte de los bienes que me corresponde!”

En esta historia que contaba Jesús, se trata de Dios y de los hombres a los que Dios ama. “En la demanda del hijo nos sorprende la manera ‘helada’ con que trata a su padre. Hay personas que se encuentran de esta manera ‘helada’, fría, delante de Dios, pues ellas nunca reconocieron Su amor. Lo necesitan solamente cuando se quiere conseguir algo de Él. ‘¡Dame!’ Muchos hombres tratan a Dios como un mozo. Él no es importante, solo debe servir algo bueno y deseable. Un padre terrenal, humano, probablemente hubiera dicho a su hijo algo muy distinto, pero Dios es diferente, Él deja a los hombres ir por sus propios caminos” (W. Busch).

El hijo se fue a un país apartado. Allí aprovechó su supuesta libertad “a lo grande”. El dinero, que el padre le había dado, lo gastó a mano llena.

Libertad sin el padre, ¡qué vida! Sin embargo: La libertad sin el Padre es solo una ilusión. (Lea Ecl. 2:11; Is. 44:20.)

Día 10

Lc. 15:14-17; Am. 8:11

Muchas personas se retiran de Dios. Otros no lo conocen para nada. Se habla de un olvido de Dios. Incluso los hijos de Dios pueden caer en la trampa de la autodeterminación a tal punto que le dan la espalda a Dios. Otras cosas llegaron a ser más importantes. Uno quiere tomar su vida en su propia mano, quizás bajo la excusa que Dios lo limita demasiado. "... se fue lejos a una provincia apartada". Aunque la distancia de Dios no se puede medir en kilómetros, se hizo una distancia interior entre Él y nosotros, lejos de Dios, lejos del Padre.

¿Y qué hace él, del cual Jesús cuenta en su historia? Él no da por perdido a su hijo, él sufre por él. Existe un cuadro conmovedor del pintor suizo Eugène Burnand (1850 – 1921). "Ahi se ve al padre parado encima del techo de su casa, mirando hacia lo lejos, si acaso vislumbra a su hijo. Él tiene puesta su mano sobre los ojos y mira. Él es la nostalgia, el amor y la esperanza personificada. ¿Sabes, que Dios mira así por ti? Él dice en Su Palabra: 'Extendí mis manos todo el día a pueblo rebelde, el cual anda por camino no bueno, en pos de sus pensamientos'" (Is. 65:2; Ro. 10:21; W. Busch).

La pena y necesidad del joven resultaba por su alejamiento del padre, se había distanciado tanto de su casa. Pero él no lo podía olvidar. "¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!" La vida lejos de Dios es una vida de hambre. La libertad aparente es un engaño, pues "La libertad sin el Padre es una ilusión. Uno siempre se esclaviza. La real libertad se consigue solamente por Jesús, el Hijo de Dios" (G. Schnitter).

Jesucristo dice: "Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Lea Jn. 8:30-36; Is. 61:1).

Día 11

Lc. 15:18-20

El hambre por libertad le condujo al joven a la falta de libertad o mejor dicho "prisión". Después de su esclavitud por codiciar la vida libre, ahora se le agregaba el hambre por alimentos para el cuerpo y la mirada hacia atrás. ¡Qué buena vida pasaban los jornaleros de su padre! ¡Qué liviana había sido su vida en la casa de su padre! En el extranjero experimentaba tanta necesidad, que peligraba perder su vida. Y nadie le daba lo que tanto necesitaba (v.16).

Sin el Padre estamos carentes de hogar y muy solitarios, y la vida sin Dios no tiene ningún sentido, porque Dios y sus criaturas tienen que estar unidos. "Nuestro corazón está inquieto hasta que halla reposo en ti, oh Dios" (A. von Hippo).

Cuantos hombres en nuestro tiempo están hambrientos por tener una vida que vale la pena de ser vivida, una vida que Dios ha preparado para ellos. En esta historia la decisión del joven le introduce al retorno.

Se conoce un antiguo dicho: "Yo quisiera ser bendito, pero no sé cómo lo hago". Cuando el padre del pastor Wilhelm Busch ya estaba en el lecho de morir, una vez dijo con una sonrisa: "Yo quisiera ser bendito, y yo sé cómo lo hago". Él había vivido con su Dios, había recibido de Dios la vida eterna y sabía que iba a pasar la eternidad junto con Él.

El joven hambriento que estaba junto con los cerdos, en primer lugar quería saciar su hambre física. Por eso: "¡Me levantaré e iré a mi padre!" Él quiere ir a su casa, solo allí estará tranquilo.

Jesús invita a todos los hombres que están hambrientos de vida, a que lleguen a Él. Dios los espera, si fuere la primera vez, o después de haber tomado varios caminos equivocados. Solamente en comunión con nuestro Padre podemos lograr una vida que vale la pena. Esto vale para todos los hombres, pues Dios es nuestro Creador y Padre para toda la eternidad. (Lea 2.Cr. 7:14; Dt. 32:6; Is. 55:7; 63:16; Mt. 5:4.)

Día 12

Jn. 6:32-37.51; Lc. 15:20-24

Jesucristo, el Hijo de Dios, tiene un ofrecimiento maravilloso para los hombres que experimentan y sufren miseria y hambre de vida: “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás. ... si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre”.

“En una salida con mi familia en bicicleta, nos perdimos muy pronto, no sabíamos a dónde ir, pues el camino no estaba señalizado. - El camino para la eternidad se nos aclara muy bien en la Biblia, y *una* estación en ese camino se nota muy claro en la historia. El hijo ha reconocido su miseria y sentía nostalgia por su padre. Entonces tomaba la decisión. Sin esta no se puede seguir adelante.

Lo podemos explicar con un cuadro: La Biblia compara a la humanidad muchas veces con un mar. En el mar hay varias corrientes. En el mar de la humanidad existe una corriente muy fuerte: ¡suelto, lejos de Dios! Aquel que es llevado por esa corriente que se aleja más es llevado a la perdición. Es necesario la decisión de luchar contra esa corriente. ‘Me levantaré e iré a mi padre’. En esa frase hay una palabra que nos muestra por qué esta determinación era muy sana. Es la palabra *padre*. El hijo quería ir a donde estaba su hogar, donde no se sentía hambre y donde nadie era despreciado, donde estaba su padre, al cual pertenecía” (W. Busch).

El hijo sabía que tenía que confesar que era culpable. “He pecado”. Él reconoce que por su pecado no era digno de ser el hijo de su padre. Pero este se adelanta para encontrarse con él y le otorga el pleno derecho de llamarse ‘hijo’. (Lea Sal. 34:18; Is. 66:2; Jer. 3:22; Os. 6:1-3.)

Día 13

Lc. 15:20-24; Jn. 6:37-40

El padre ya había visto a su hijo que regresaba, cuando este aún estaba lejos. “Aquí, en la historia, nos damos cuenta de la clara visión de nuestro Señor. Él ve a los de corazones quebrantados, y a los que se sienten intranquilos en su conciencia, y los que sufren por sus pecados. Jesús cuando entró a Jericó entre una multitud de gente vió a Zaqueo en el árbol sicómoro, quien anhelaba mucho la salvación de su alma. Cuando llegó a los pórticos de Betesda vió especialmente a aquel hombre enfermo, que ya hacía 38 años estaba allí. Cuando Jesús estaba colgado en la cruz, ya moribundo, vio al malhechor a su lado que no quería morir en sus pecados (Lc. 19:1-9; Jn. 5:1-6; Lc. 23:39-43).

Así también me vio a mí entre miles y miles de soldados, cuando mi conciencia cargada ansiaba el perdón. Hable usted con Él con toda confianza lo que le pasa y cual es el anhelo de su alma. Jesús saciará su hambre” (W. Busch).

El padre “fue movido a misericordia”. Él vio una ‘piltrafa’, una persona en condiciones miserables, que se acercaba. El padre se acordaba con cuánto orgullo se había ido el hijo. Y ahora ¡este cuadro! Le conmovió profundamente. El hijo había pisoteado el amor del padre, había malgastado toda su herencia. Sin embargo, el padre se alegró que el hijo volvió.

La reacción humana y natural hubiera sido que lo rechazara o le diera muchas condiciones: “¡Así no entras a mi casa!”

La reacción divina es muy distinta: “El padre corrió y se echó sobre su cuello, y le besó”.

“Yo no merecía otra cosa que la ira de Dios, y ahora puedo estar aceptado, por su gracia; Dios me reconcilió consigo y me purificó por la sangre de Su Hijo. ¿Cómo es posible esto? Es misericordia pura, nada más” (Ph. F. Hiller). (Lea 1.Ti. 1:12-17.)

Día 14

Sal. 23:5.6; 107:9

El padre aceptó al hijo tal cual como era y como estaba. Ya lo vió venir desde lejos, se adelantó y le ahorró los últimos pasos que probablemente eran los más difíciles. Esto es el evangelio, el buen y feliz mensaje para cada uno que toma la decisión de volver a casa: “El padre se nos adelanta, en Jesús se acerca a nosotros. Él pone sus manos horadadas protegiendo y bendiciendo sobre nosotros. Si confesamos nuestros pecados abiertamente, y no los descubrimos, Él se adelanta para encontrarnos” (G. Schnitter). Esto experimentó el hijo del que Jesús hablaba en la historia.

¿Acaso no lo hemos experimentado también, que hemos sido recibidos de nuestro Padre con los brazos abiertos, cuando tomamos en forma parecida la decisión, y dijimos: “Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado ...”? Así hemos llegado a casa. ¿Valoramos estar cerca del Padre?

¡Qué bueno, que podemos volver a Él en cualquier momento!; pues la satisfacción de vida y sentirse saciado interiormente encontramos sólo con Jesús. ¿Amamos Sus alimentos, Su agua y Su pan? ¿Se aprecia en nuestra vida que ya no buscamos, sino que hemos sido saciados, que tenemos paz interior?

El padre organiza una fiesta por el regreso de su hijo. En la casa de nuestro Padre celestial hay esperanza, gozo y paz en el Espíritu Santo (Ro. 15:13).

“Tú has enriquecido mucho mi vida, has saciado mis anhelos ardientes. Todos mis pecados has perdonado, junto a tu corazón encuentro la tranquilidad de mi alma; ... tú eres mi todo, tu eres mi vida y la luz. Señor Jesucristo yo no me suelto de tí” (F. Woike).

¡Tenemos muchas razones para festejar! (Lea Sal. 22:26; 36:8; Is. 58:11.)